

Creer, la obligación imperceptible de entregarse.

Roberto Lleras

Los orígenes

En Nicea, en el año 325, Constantino I convocó a los obispos de la pujante religión cristiana para intentar fortalecer y unificar las iglesias del mundo romano, las doctrinas, las celebraciones rituales y las normas de vida adecuadas para los cristianos. Nicea marcó un hito en todas estas cuestiones y, en lo que respecta al tema que aquí tratamos, sentó y confirmó la base de la religión: la fe, la creencia en una serie de dogmas respecto de los cuales los seguidores de esa religión no pueden tener dudas. La expresión esencial de estas creencias se encuentra precisamente en el Credo, el Credo de Nicea: *Creo en un solo Dios, padre todopoderoso, creador del cielo y la tierra, ...*

En los 1.700 años que han transcurrido desde entonces, el cristianismo ha cambiado considerablemente tanto que, a los cristianos del siglo I e incluso a los del IV, les sería imposible reconocer que esas fueran su religión y su iglesia. Es una historia en extremo compleja, llena de divergencias, disputas, represión, falsificaciones y atrocidades. La construcción histórica del cristianismo revela un panorama pleno de ideas, interpretaciones e inventos difícilmente reductibles a un solo dogma ortodoxo. Aun así, a pesar de sus diferencias, todos los cristianos coinciden en la imperiosa necesidad de creer. Ninguno de las corrientes que, en cualquier época, se apartó de la línea ortodoxa ponía en tela de juicio la necesidad de creer; solo discutían sobre lo que debía creerse, en mayor o menor grado. Marcionistas, nestorianos, arrianistas, cataros y, más tarde, protestantes de todos los matices cuestionaron múltiples principios y muchas prácticas, pero nunca la necesidad de creer.

La insistencia en la necesidad de creer es, por tanto, una herencia conjunta de los cristianismos. Una herencia que se extendió por toda Europa y, desde allí, por el resto de lo que llamamos Occidente. Que en África, el Próximo y el Lejano Oriente hubiese otras religiones que propalaran insistencias similares en la creencia, es claramente verdadero; pero la naturaleza de las creencias y del acto mismo de creer en otras regiones del mundo presenta diferencias que es conveniente respetar, no hablaremos de ellas aquí.

¿Y, a todas estas, que es creer? ¿Estoy haciendo acaso una pregunta absurda? No, el tema requiere una definición, porque el término puede ser entendido de muchas formas. Solo nos interesa la acepción de la palabra que se refiere a dar por cierto, aceptar como verdadero aquello que no se puede probar. Creer en algo que no se puede ver, oír, tocar ni experimentar; creer en un hecho que se nos narra, aún si no hay una fuente cierta; creer en una interpretación dada, aun cuando históricamente haya sido superada; creer en lo que es contraevidente; creer en contra de la experiencia propia o de la experiencia social compartida; creer a pesar de la ciencia; creer por indicios o signos que no guardan relación de causalidad con lo que se cree. Creer, en fin, como un acto volitivo (?) que desafía o ignora lo sensorial y lo racional.

Este impulso poderoso de creer tiene, así hemos intentado explicarlo, una base religiosa. Pero la necesidad de creer y el impulso de hacerlo trascienden ampliamente la esfera religiosa; es un fenómeno cultural de amplio espectro. El querer creer y el creer permean la economía, la política, las relaciones de producción, las relaciones de familia y, en último término, la síquis de los individuos y la síquis social. Mil cosas ocurren diariamente, centenares de decisiones se toman y múltiples consecuencias se producen porque la gente quiere creer. Y cree. El cristianismo moldeó y domesticó la mentalidad social para este propósito y, al hacerlo, generó un mecanismo de increíble poder cuya manipulación es, en efecto, el objetivo fundamental de la lucha por el poder.

¿Por qué creer?

¿De nuevo una pregunta innecesaria? No, de nuevo no. Porque es obvio que, desde el punto de vista de la religión, creer es necesario para que ésta funcione. Pero, desde el punto de vista de los individuos si es necesario entender por qué creen. En un párrafo anterior dijimos que creer es un acto de la voluntad, pero dejamos un signo de interrogación allí. Exploremos este cuestionamiento. La transmisión de la cultura es una actividad constante en la vida social: aún sin que se presente la intención explícita de aculturar, educar y entrenar lo hacemos con los niños desde sus primeros años de vida, en forma casi ininterrumpida. Una parte importante de la aculturación en la cultura cristiana occidental está relacionada con la insistencia en creer. Aún sin que entiendan qué significa, a los niños se les hace santiguarse, se les habla de Dios, de su presencia e importancia en la vida, de la necesidad de honrarlo, amarlo y obedecerlo. Cuando los niños tienen la capacidad de descubrir las particularidades de su entorno y de su lugar en él descubren que, en efecto, están insertos en ese entorno como creyentes y convierten las creencias que se les han imbuido en parte de ese entorno. No pueden ver ni escuchar a Dios, no lo

pueden ubicar espacialmente ni lo sitúan en un continuo temporal, pero aprenden a aceptarlo como si su existencia no pudiera ser puesta en duda. A lo largo de su juventud y adolescencia los sucesivos ritos de paso refuerzan esta condición, se entra con el bautismo formalmente en la comunidad de los creyentes, se es confirmado en su iglesia, se comunica con el Dios a través de la comunión y, eventualmente, se le otorga un lugar prominente en los ritos que marcan los cambios de estado social, como el matrimonio.

¿Es esta una historia de desarrollo de la voluntad propia? ¿Qué tanta oportunidad hay de reflexión y de búsqueda de alternativas diferentes a creer? Ciertamente no, ciertamente muy pocas. Se me dirá que, desde luego, esas oportunidades existen, que los individuos en las sociedades occidentales son sujetos de libre pensamiento y que, en uso de su razón, pueden optar por otras formas de pensar, son capaces de elegir como pensar. En teoría sí, en la realidad la cuestión no es tan sencilla. No creer es una difícil aventura; la primera lucha se entabla consigo mismo, con las costumbres inducidas por años, con la forma de pensar. No muchos logran dejar de creer y menos aún logran dejar de creer en forma absoluta; se reniega de la iglesia católica y de su religión, pero se mantiene la creencia en un ser superior, o energía divina, fundamento del universo. La necesidad de creer es tan fuerte que resulta casi imposible desecharla del todo.

Nunca podré olvidar la pregunta que un pariente me hizo respecto de mi ateísmo: “¿Y los ateos en qué creen? Porque hay que creer en algo, ¿no?” Esta pregunta, con su inmensa carga de ingenuidad, devela uno de los asuntos más complicados que los creyentes en proceso de dejar de serlo deben enfrentar: la no creencia deja un vacío, un enorme agujero difícil de llenar. El intelecto acostumbrado a la creencia encuentra en ella un falso refugio y una explicación del todo que resulta cómoda y segura: será la voluntad de Dios; si Dios quiere; Dios nos protegerá; Dios está de nuestro lado; Dios nos ama; Dios no nos abandonará. La dura realidad es que ese vacío se tiene que llenar con la incertidumbre de los avatares de la vida material, con la comprensión difícil de cómo funciona el mundo y cómo funciona la sociedad. No hay refugios ni seguridades, ni consuelos ni esperanzas fáciles.

Y a los enemigos internos hay que sumar los externos, no menos terribles. No creer es un asunto que socialmente margina, excluye. Quien no cree es mal visto, es un sujeto por lo menos sospechoso, si no indeseable. Desde aquellos tiempos en que los santos caballeros medievales amenazaban con atravesar con su espada a quien no creyese, hasta el día de hoy se ha avanzado poco en la tolerancia, solo que ahora se guardan más las apariencias. La comunidad de los creyentes finca su coherencia en el principio no declarado, pero fundamental, de que no hay disidencia; la disidencia es percibida como una aberración. Y se castiga. Ya no está bien visto

llevar a los infieles a la hoguera, pero la sanción social existe y es fuerte. La pretendida tolerancia de los católicos a los no creyentes es una gran mentira. Llegar al punto en que las constituciones políticas nacionales prohíban la discriminación por creencias ha sido una batalla larga que apenas se va ganando, pero más allá de la normativa legal, lo cierto es que la derecha católica sigue discriminando a los no creyentes cada vez que puede, así tenga que hacerlo soterradamente.

El no creyente, incluso en la sociedad pluralista, democrática e incluyente que se supone tenemos, enfrenta constantes cuestionamientos. Ser ateo supone la necesidad de explicarse y justificarse con frecuencia, algo que a los creyentes no se les exige. Pero si, para el ciudadano contemporáneo, la aventura de no creer es complicada, qué se puede decir de la situación de otros tiempos y de otras regiones. Creer no fue opcional en la conversión al cristianismo, en ninguna época y en ningún lugar. Se impuso, por uno u otro medio, por la fuerza si fuera necesario. En la expansión del cristianismo sobre Europa occidental la estrategia fue lograr la conversión de los reyes y la nobleza a los que les atraía la herencia cultural romana, ya indisolublemente ligada con el cristianismo, y las ventajas que los sacerdotes evangelizadores les pudieran ofrecer para la organización de la explotación agrícola y la hacienda real. La iglesia católica aprovechó esta circunstancia y se valió del poder real y noble para extender la evangelización a los campesinos, a la vez que obtenía extensiones inmensas de tierra y prebendas económicas. Para el pueblo existía una opción: creer.

En América la expansión cristiana fue diferente: la estrategia medieval europea no funcionó porque la estructura social americana no era feudal y las religiones amerindias se encontraban mucho más íntimamente ligadas con la vida cotidiana y con la producción material en todos sus niveles. Ante la ausencia de una clase dominante a la que convertir y usar como difusora de las nuevas creencias, América se convirtió en el gran territorio de la evangelización; aún en parte lo sigue siendo. Y esta evangelización asumió todas las formas posibles. Una de ellas, los infames Requerimientos, que consistían en lo siguiente: llegados a una aldea indígena los conquistadores y sus curas acompañantes, se mandaba reunir al pueblo, se le leía un texto redactado por un jurista español en el que se anunciaba que se tomaba posesión de la aldea en nombre del Rey, quien había recibido tal autoridad de Dios por medio de San Pedro y sus descendientes, en consecuencia, los indios debían jurar obediencia y convertirse al cristianismo, so pena de que se les hiciese la guerra y se les matase o esclavizase. La opción era someterse y creer, o morir.

En otros casos se prohibieron las costumbres y creencias antiguas y se persiguió a los antiguos oficiantes religiosos y a sus templos: se trató de las campañas de extirpación de idolatrías que periódicamente iban erradicando todo vestigio de las

antiguas religiones y obligando a la adopción del cristianismo: había que creer, sí o sí. Los encomenderos, que recibían el usufructo del trabajo indígena, prácticamente no tenían obligación distinta a la de colaborar en la evangelización de los indios, así que se aseguraban de que ellos fueran a la misa y llevaran una vida cristiana, por las buenas o por las malas. De nuevo, era imperativo creer. Especialmente efectivo les resultó a los misioneros el secuestro o internamiento forzoso de los niños indígenas en las misiones donde, a la par con la explotación de su trabajo, se les enseñaba a creer. Estas y otras tácticas, cuidadosa e insistentemente repetidas durante cinco siglos, le aseguraron al catolicismo la creación de una comunidad enorme de creyentes. En América y para los americanos creer nunca fue una opción, tuvieron que hacerlo, de buen o de mal grado.

Entonces, para la inmensa mayoría de los creyentes en Occidente, creer no es, ni ha sido en la perspectiva histórica, una opción sobre la que se pueda decidir en forma libre, sin presión ni apremio. Creer, en la cultura occidental, es una prescripción cultural, un mandato que se debe cumplir y cuya desobediencia trae consecuencias.

Creer más allá de la religión

Una muy importante característica de las sociedades precapitalistas es que las cosmovisiones, normalmente de índole religiosa, permean toda la vida social. Entre los pueblos andinos la visión dual del mundo no se limita a la esfera de lo que estrictamente se llamaría lo religioso. Lo dual impregna todas las facetas de la vida, está en la organización espacial de pueblos y ciudades, en el diseño de adornos metálicos y textiles, en los campos de cultivo y los calendarios agrícolas, en los grupos de parentesco, en la política, la geografía y la historia. Entre los grupos amazónicos los principios de la cosmovisión determinan donde se siembra, donde se puede cazar y dónde establecer una aldea, cómo y cuándo se celebran las fiestas, entre otras muchas cosas. Y así ocurre en todos los rincones del mundo en las sociedades precapitalistas.

El cristianismo europeo, hacia la época de Carlomagno, pretendió recrear este ideal: un mundo armónico en el que bajo la égida de la iglesia todos los resortes sociales funcionaran conjuntamente en pos del bien supremo, la salvación. Para alcanzar de esta manera el noble objetivo se recurrió, sin pestañear, a la represión y a la falsificación de documentos y testimonios; a pesar de esto no se logró esta armonización a cabalidad. Más adelante el objetivo dejó de tener el apoyo necesario y con la llegada de la sociedad burguesa caducó definitivamente. Uno de los preceptos de la modernidad fue precisamente la construcción de la sociedad civil, aquella en la que se separa lo religioso de la vida política y económica. Se inauguró,

desde el siglo XVIII, en Occidente una nueva forma de vida en la que se suponían superadas las excesivas injerencias de la mentalidad religiosa en la sociedad. ¿Pero si fue así? ¿Es tan radical, como se supone, la separación en la sociedad moderna entre religión y vida civil?

La respuesta a esta esencial pregunta debe partir de la comprensión de que la modernidad es un fenómeno limitado, sobre todo en los países menos desarrollados del mundo capitalista. La realidad del mundo rural y de los barrios pobres de las ciudades en América Latina es todo, menos moderna. La educación es deficiente, incluso en sus niveles básicos, la vinculación al proceso productivo absolutamente marginal, y la participación en la vida cultural y científica prácticamente no existe. El conocimiento de la modernidad es en extremo limitado, la vinculación a los procesos modernos ridículamente pobre. Y lo que sigue llenando ese espacio de explicación, esa necesidad de conocimiento es el pensamiento tradicional, la pre-modernidad. Mientras en las grandes universidades privadas algunos profesores alardean de estar a la vanguardia de la posmodernidad, a pocos metros el grueso de la población no ha tenido aun acceso a las ideas modernas.

En este contexto la fuerza del creer es aún devastadora. Ni siquiera el evidente retroceso de la iglesia católica ha cambiado este hecho, en buena parte porque este espacio lo han ocupado los cultos cristianos de nuevo cuño, miles de iglesias lideradas por pastores y pastoras cuyos prontuarios criminales harían palidecer a *Jack the Ripper*. En todos estos cultos la exigencia de creer es quizás más fuerte que en el catolicismo. Pero la fuerza del creer no se limita en América Latina a estos sectores y a estas clases sociales; los centenares de colegios religiosos de curas y monjas y los también abundantes colegios laicos de orientación católica se han encargado por siglos de difundir las formas arcaicas de pensar, el creer, entre personas de todas las clases sociales. Ricos y pobres, privilegiados y marginados, comparten las viejas formas de pensar y creer, como lo aprendieron de sus mayores y como lo enseñaran a sus hijos. La ausencia de la creencia los deja huérfanos, sin esperanzas frente a un mundo cada vez más hostil. Siguen, seguirán creyendo.

De nuevo, ni siquiera el retroceso de la religión católica cambia las cosas, en esencia. La gente que no cree ya mucho en la iglesia y en la religión católica si puede creer en neo-chamanes, en tomas de drogas ancestrales, en brujos y hechiceros “*indígenas*”, en curas milagrosas, en la *Pachamama* y sus ritos, en sustancias comunes que usadas de cierta manera eliminan las enfermedades, en máquinas mágicas que equilibran, en casi cualquier cosa que le recomienden o le vendan. La necesidad de creer es inagotable y el mercado ofrece para todos los gustos.

Y extenderán esta necesidad de creer desde lo religioso hacia el resto de sus esferas de acción e interés. Quien cree religiosamente es propenso a creer en otros ámbitos. Más aún si en esos ámbitos hay figuras de poder similares a las que hay en la iglesia, más aún si estos ámbitos de poder se asocian o se identifican con los religiosos: la reiterativa unión de *“Dios y Patria”* no es casual. El aparato de poder no es un monstruo de una sola cabeza; como la hidra está dotado de varias que son distinguibles pero que, a la hora de ejercer el dominio, actúan al unísono y reclaman la misma obediencia. Hubo que esperar más de cien años para que en Colombia se reemplazara una constitución política aberrante que declaraba a dios como *“fuente suprema de toda autoridad”* y que obligaba a la educación religiosa católica a todos los ciudadanos. Pero que ésta se hubiera reemplazado no significa que los principios conceptuales que la animaron hayan desaparecido; estos principios unen religión y estado, perfilan al buen ciudadano como un creyente y excluyen la posibilidad de pensar diferente. Después de casi treinta años de la adopción de la constitución pluralista e incluyente, el que un funcionario del estado se declare como ateo constituye un escándalo, aún el presidente y sus ministros invocan la ayuda divina en sus alocuciones y todavía los prelados eclesiásticos se sientan en primera línea en las ceremonias civiles y militares. El estado-nación moderno es tan solo una vieja estructura colonial.

La gente termina creyendo, más allá de lo religioso, más allá de lo que solo puede ser artículo de fe, más allá de lo verosímil o lo razonable. La extensión de la creencia brinda en los ámbitos políticos, sociales, económicos la misma seguridad que en el campo de la religión. Creer en un estado-nación, su bandera, su himno y su equipo de futbol ofrece confianza en el porvenir, en lo que se podrá hacer (así nada se haya hecho). Creer en la democracia porque se dice que es el mejor sistema de gobierno, así sus bondades muy poco se vean. Creer también, por supuesto, en las personas que dirigen y manejan ese aparato burocrático, votar para elegirlos y si no responden creer en la siguiente generación de los mismos personajes.

Y, por último aunque no menos importante, creer en lo que se nos dice. Creer, por ejemplo, en lo que los noticieros de televisión y los grandes diarios publican, sin importar qué tan verosímil sea lo que se dice, ni cuestionar las fuentes o el tratamiento de la información. *“Si el río suena, piedras lleva”*; si lo dice algún medio importante ha de ser verdad. No puedo dejar de pensar en Neruda que, en varios de sus poemas, se burlaba de las *“opiniones importantes”* porque las sabía vacías y muy poco importantes. La importancia, real, pretendida o imaginada de la fuente, aunada a la necesidad y la costumbre de creer, convierten automáticamente en cierta cualquier noticia. La prescripción religiosa tiene, pues, esa capacidad de extenderse más allá de su esfera particular. En buena parte porque la sociedad, aún la sociedad que se declara y reconoce como moderna, está permeada de principios

religiosos y en parte porque seguimos pensando y actuando en forma religiosa, dos aspectos que son solo caras del mismo fenómeno.

Creer como contrasentido

En principio las creencias no son discutibles, tampoco el acto de creer. No lo son, porque precisamente son eso: creencias. No requieren explicación. Y no lo requiere tampoco el acto de creer. Entonces: ¿Hemos llegado al final de la argumentación? ¿Es esta estéril conclusión la única posible? No, porque no nos referimos a las creencias incuestionables, no hemos estado argumentando contra creer en algo que no puede probarse ni refutarse; Dios, por ejemplo. Creer en un dios, cualquiera que sea, no constituye sujeto de discusión. Es imposible científica o filosóficamente probar la existencia o inexistencia de dios. Lo que hemos venido argumentando es que esta forma original de la creencia prepara socialmente para la extensión de la creencia y predispone la mente al acto de creer. Pero a lo que no hemos renunciado es al análisis y la crítica de las creencias que son discutibles, por tanto, al acto de creer debatible.

¿Cuándo el acto de creer es debatible? Creemos que, al menos, en tres circunstancias. Creer es debatible cuando: a. Se cree contra la evidencia; b. Se cree contra la experiencia, propia o social y c. Se cree con el deseo. Sostenemos que en estos casos el acto de creer cobra la calidad de contrasentido, este es el meollo de nuestra discusión. No consideramos una cuarta posibilidad: creer contra la lógica, porque la lógica es un asunto relativo. Desde hace tiempo las ciencias sociales entendieron que no existe un solo modo de explicación y, por tanto, no hay una lógica única. En realidad, hoy se acepta que los diferentes modos de pensamiento de las distintas culturas operan con base en lógicas igualmente diferentes. No es un tema fácil, ni conviene abordarlo en este escrito.

Abordemos el primer caso: creer contra la evidencia. Un par de ejemplos pueden ser en este momento más elocuentes que una elaborada explicación. El primero: el origen y la evolución de nuestra especie es un proceso fascinante cuya complejidad se ha ido develando poco a poco, sin que hasta ahora la información esté completa. Pero ya tenemos varias certezas: la gran antigüedad de nuestros ancestros homínidos que puede rondar los dos a tres millones de años; la sucesión de muchas especies que fueron cambiando y colonizando progresivamente el mundo; la adquisición de elementos culturales, algunos incluso muy sofisticados, por parte de especies anteriores a la nuestra y el hecho de que la moderna humanidad es el resultado de la mezcla de, al menos, cuatro especies de homínidos (además de la carga genética de la especie Homo Sapiens llevamos genes de las especies Neanderthal, Denisovano y Florescano, en mayor o menor medida según la región

geográfica). Todo esto resulta fascinante, porque nos ubica en la real posición que ocupamos entre los seres vivos y nos da una dimensión mucho más certera de lo que tenemos y no tenemos de excepcional como especie.

Este conocimiento se ha ido construyendo por décadas y cambia con frecuencia, en la medida en que se conocen nuevos hallazgos y se logra establecer nuevas conexiones; no es dogmático ni rígido. Hay aún muchos vacíos, muchas preguntas por contestar, pero la solidez del esquema básico es indiscutible; aquí no hay inventos ni especulaciones. Y, lo que más nos importa en esta discusión, echa por tierra toda noción de creación de la humanidad. Queda claro que no hay un momento de creación ni una especie creada en su forma final, que no somos únicos en el desarrollo y uso de lo que se ha considerado como exclusivamente humano y que, lo más sorprendente, ni siquiera somos completa y exclusivamente *Sapiens* en términos de especie.

Lo fundamental, obviamente sin todos los detalles, se ha difundido ampliamente; forma parte del currículo escolar de ciencias escolares y se puede ver en programas de televisión y videos en las redes sociales. Es evidencia dura y clara. Pero contra esta evidencia se sigue creyendo en la creación, en el creacionismo, en el mito de los siete días que empezaron con la separación de la luz y las sombras y terminaron con el hombre. Los creyentes no se molestan en examinar la evidencia y mucho menos en controvertirla; solo la ignoran o, *a priori*, la califican como dudosa. Y esto no ocurre solo en sectores de la población con bajos niveles de escolaridad o sin acceso a información, bibliotecas, Internet; pasa entre personas que han recibido un nivel de formación alto y que cuentan con las herramientas intelectuales para entender y valorar esta evidencia.

Otro ejemplo nos permite profundizar en este asunto: el del origen del universo, nuestro sistema solar, el planeta Tierra y su historia geológica. Al igual que en el caso anterior esta maravillosa historia se ha ido construyendo sólida y progresivamente, pero aquí han jugado un papel crucial las geniales teorías de científicos como Einstein, Planck, Hawking y muchos otros. Entre las numerosas enseñanzas que este conocimiento nos ha dejado están: que el universo tiene la asombrosa edad de 13,800 millones de años y que todo empezó con una explosión en la que materia, espacio y tiempo surgieron; que allí se inició la expansión del universo, aun en curso; que las estrellas nacen y mueren; que hay millones de sistemas planetarios, muchos de ellos similares al nuestro y que somos tan solo una insignificante partícula en un vasto sistema. Todo obedece a leyes físicas que hemos ido desentrañando. Aún no lo sabemos todo, pero nos hemos vuelto tan buenos en esto que las leyes han permitido predecir fenómenos después confirmados, por ejemplo, el ruido residual del Big Bang.

Pero sí: hay quienes prefieren ignorar este monumental edificio científico y persistir en el mito creacionista. O poner en igualdad de condiciones la construcción científica y los mitos ancestrales. Un episodio de mi vida de profesor universitario me chocó tanto que nunca lo he podido olvidar: con ocasión de una discusión sobre mitología, una de mis alumnas protesto por lo que ella consideraba una jerarquización indebida del conocimiento, uno de sus argumentos era que, a fin de cuentas, la teoría del Big Bang era: *¡solo un cuentico!* En ese momento quedé tan asombrado que no acerté a decir nada, pero la desilusión de oír hablar de esta manera a un estudiante universitario nunca me abandonará. La tengo entre los creyentes. Y sí, como ella, muchos creyentes de nuevo cuño han optado por ignorar la evidencia y creer. Quizás no en el mito judeo-cristiano porque ya pasó de moda, pero si tal vez en la anaconda ancestral que crea el mundo vomitando gente y aldeas a lo largo del río o en *Chiminigagua* o en cualquiera de las deidades indígenas, que si están de moda.

En gracia de discusión se podría decir que estoy usando ejemplos muy complicados, que este tipo de conocimiento no es del dominio público. No lo creo, pero si así fuera, se podrían encontrar otros muchos ejemplos que ilustran cómo la gente se empecina en creer haciendo caso omiso de evidencia irrefutable. Se cree contra la evidencia. Y, al hacerlo se incurre en un contrasentido fundamental que niega al intelecto la posibilidad de búsqueda de verdad y sentido.

Pero también la experiencia resulta inútil a la hora de invalidar las creencias. En estos casos los individuos niegan, omiten, olvidan o tergiversan sus vivencias propias o las de personas cercanas, o las del conjunto de la comunidad. Creer contra la experiencia es muy común, ocurre a diario. De nuevo podemos usar ejemplos, en este caso uno que es corriente y ampliamente conocido, el de la política y los políticos. En cada sucesivo proceso electoral se presentan, además de los candidatos eternos, nuevos personajes. Los nuevos, de nuevo tienen poco, pero intentan aparentar lo contrario. Su discurso de presentación reúne invariablemente los siguientes elementos: *Fulanito de tal – honestidad, trabajo, juventud, nuevas ideas, transparencia, etc, etc.* Las palabras se pueden combinar o permutar en distintas formas, a gusto del presentador. Semejante estrategia, tan burda y repetida, muchas veces tiene éxito y los nuevos quedan electos. Con el tiempo ocurre que los nuevos se portan igual que los viejos, el velo del cambio y la novedad cae y se descubren personas que, salvo su edad, son fieles caricaturas de sus antecesores. Campean, como de costumbre, la corrupción, la pereza, el abuso y la absoluta falta de nuevos enfoques.

El proceso es, como ya se dijo, cíclico; se explica, en parte, porque las maquinarias electorales, financiadas por los intereses privados que coluden con los gobiernos para robar, trabajan siempre de la misma forma y con gran efectividad. Pero esto no explica la totalidad del fenómeno; en la consumación del hecho tiene mucho que ver la acción de los votantes. Aún sin el estímulo de unos cuantos miles de pesos, el regalo de unos víveres o la orden de un gamonal, la gente vota. En las ciudades grandes y en los estratos más altos de la sociedad, donde la influencia del voto comprado u obligado es mucho menor, la estrategia de los nuevos aún funciona. Y funciona porque otra fuerza poderosa interviene: el creer. Los votantes, en efecto, creen en cada nueva generación de nuevos. Creen que este muchacho, o esta joven muchacha, son de verdad honestos, que quieren cambiar la forma de hacer política, que están muy bien preparados, pero sin vicios y que, sin duda, harán un buen papel. En resumen, que hay que darles la oportunidad. En la vida adulta de los votantes ciclos como estos se pueden repetir diez o doce veces y desde el primero hasta el último habrán generado experiencias completamente desaprovechadas. Se trata de uno de los ciclos más lamentables de la vida política de los países: promesa – creencia – engaño – nueva promesa – nueva creencia – nuevo engaño, *ad infinitum*.

La experiencia no cuenta, entonces. Ser, como ciudadano, víctima del engaño repetido no parece ser un factor suficientemente fuerte para derrotar la necesidad de creer. Como este hay otros ejemplos, a cuál peor de patéticos: creer en que si se apoya el desarrollo de las grandes empresas capitalistas habrá riqueza para todos; creer que el trabajo honesto por sí solo garantiza, en cualquier ocasión, condiciones dignas de vida; creer que las fuerzas del estado, policía y ejército, protegen a la gente; creer, en términos muy cotidianos, que el que quiere puede. Invariablemente la realidad genera efectos contrarios a la expectativa de los creyentes. Pero eso no importa; la creencia, contra la experiencia, persiste.

Y se cree, finalmente, con el deseo. Algo que no debería sorprender en realidad, pese al absurdo que encierra. Creer que algo que se anhela, que se espera ocurrirá, que se dará es lo más natural: fe y deseo son una dupla inseparable. También la religión cristiana insertó esta noción en la cultura de su rebaño: *Si pides con fe te será concedido*. Y los que creen piden con fe y creen que, en efecto, les será concedido. Si no les es concedido el defecto se adjudicará a un problema del peticionario: no pidió con suficiente fe, pidió algo que no es lícito, de pronto algo que no agrada al Señor. Pero la fe sigue intacta. Siempre habrá cómo explicar que las cosas anheladas no ocurran, tal como se explica todo lo que no pasa, lo anunciado nunca realizado, como el fin del mundo, para no ir más lejos.

Y, al igual que con los casos anteriores, el creer con el deseo no se limita al campo de la religión. Todos anhelamos un país mejor, que las cosas cambien para bien; algunos creen que esto ocurrirá, que es inevitable, porque así lo desean. A nivel personal anhelamos que a nuestros seres queridos les vaya bien, que no tengan problemas; algunos creen que así será. Los creyentes con el deseo no soportan enfrentar la inevitable incertidumbre que acompaña cualquier hecho pendiente, prefieren sustituirla con la certeza del deseo-fe. Así se adquiere tranquilidad, paz, seguridad; si las cosas no ocurren como se espera habrá una explicación, habrá otra oportunidad de desear y de creer. Quizás el factor más poderoso en esta forma de creer es que suministra una sensación de control sobre lo incontrolable, la certidumbre frente a lo incierto. El individuo que cree con el deseo adquiere una falsa seguridad sobre un destino que, en realidad, no conoce ni domina. Esa ignorancia y esa impotencia se subliman frente al ardoroso empuje de un creer que eleva lo deseado de un simple anhelo a una certidumbre posible, probable, segura si fuera necesario.

Para cerrar

El creer es una cuestión cultural muy profunda. Es, entre las trágicas herencias que dejó el cristianismo a la cultura occidental, quizás la peor, la más desastrosa. La predominancia del creer se convierte en una poderosa herramienta de engaño y opresión; no se trata tan solo del engaño que pueda darse episódicamente y a pequeña escala o de la opresión ocasional de carácter individual o grupal. El creer es la herramienta de engaño socialmente más extendida y un arma de opresión global y masiva. Es, de hecho, la base ideológica de dominio más importante con la que cuenta el capitalismo y, en general, las sociedades de clase. Es una condición lamentable que asegura la perpetuación de las condiciones lamentables.

Creer, ya lo hemos visto, no es una opción libre y voluntariamente escogida por los individuos: se les inserta en su mentalidad infantil y juvenil a través de los mecanismos de aculturación de orientación cristiana o, al menos, influidos por las nociones cristianas. Esto, cuando no son los casos de pueblos enteros forzados a creer, a sangre y fuego.

La dinámica del creer es de tal naturaleza que los orígenes forzados, inculcados indebidamente, de la actitud creyente se olvidan o se suprimen y queda, en su lugar, una inexplicable gratitud, un pacífico y agradable sentimiento de placidez: *agradezco a mis padres (o a tal fulano) que me enseñó a creer*. Las comunidades y los individuos reivindican esta enseñanza y esta posesión como si fuese un tesoro particular e insustituible. Cuestionar el creer, su necesidad y su validez son

interpretados como actitudes insultantes e irrespetuosas. A ese punto ha penetrado el creer la mentalidad colectiva e individual.

Para el propósito de este ensayo hemos dividido el creer como contrasentido en tres categorías: creer contra la evidencia, creer contra la experiencia, creer con el deseo. En la realidad el creer no ocurre así; se cree contra la experiencia y la evidencia al tiempo, como cuando se cree que algo que siempre ha fallado (evidencia) y que nos consta que así ha sido (experiencia) no fallará de nuevo. Y se cree muchas veces contra la experiencia y con el deseo, como cuando se cree que algo que nos consta que siempre falla no volverá fallar porque así lo deseamos. El creer como contrasentido es un asunto muy complejo. Y muy extendido. Una enorme proporción de los pensamientos cotidianos de la gente gira en torno de esta actitud de creer como contrasentido, determina sus acciones y fija su destino y, muchas veces, el de sus hijos.

Podría no ser preocupante, podría verse como una característica de la cultura coherente y adecuada. Desde el punto de vista de la antropología podría verse como un rasgo cultural a registrar, comprender e interpretar sin el menor asomo de intervención o juicio de valor. En otras palabras: no hay que meterse con las creencias ni con la gente que cree. Pero no es lo que pensamos; es necesario alertar, al menos, sobre lo que significa en términos de la vida social, el creer. Es, sin matices, un deber ético decir y repetir que el creer es el campo de cosecha más fértil del dominio y la explotación; lo cual, por supuesto, no se dice por primera vez.

Alrededor de la actitud de creer como contrasentido se construye una inmensa maquina ideológica de estafa y opresión. No se trata de episodios aislados, no es tan solo que, de vez en cuando, un embaucador saque provecho de incautos para sacarles dinero o para que entreguen sus hijas vírgenes a la lujuria del pastor charlatán. Es mucho más que eso, es mucho más grave y más extenso, es constante, permanente, omnipresente.

Sobre la persistencia de creer se edifica toda una realidad paralela, un mundo de mentiras validadas por la creencia. Y los creyentes se convierten en los más aguerridos defensores de este mundo tergiversado y acomodado, en el ejercito que protege y perpetua su propia dominación. Entre todos los aparatos ideológicos de estado y las facetas de la ideología de estado, que Althusser develó y describió en forma brillante, el creer como contrasentido es la más poderosa y efectiva. Nosotros la entendemos como tal y, por supuesto, las clases dominantes también, de tiempo atrás, a veces incluso sin racionalizarla o verbalizarla. Por eso fue, y con esto cerramos el ciclo, que ese artífice del poder integral, Constantino I, entendió hace mil setecientos años que la unión ideal en el poder de la iglesia y el estado se tenía

que construir sobre la base de la obligación de creer; creer sin reservas ni dudas, creer en lo verosímil y lo inverosímil, en la bondad del garrote que te golpea o la generosidad de la mano que te roba. Y perpetuar el creer, porque con él se perpetúa tu sumisión, de la cual serás el principal agente.

Abril-mayo de 2020.